

El Relato Policial Como Género

Por IGNACIO VALENTE

En la introducción a su excelente "Antología de los mejores cuentos policiales" (Zig Zag), José María Navas, lanza una suerte de reto a la crítica literaria convencional. ¿Por qué considerar el género como una forma menor de la literatura, cuando puede exhibir tantos títulos de arte como el que más?

Navas comienza por remontar los orígenes del género policiaco a Edgar Allan Poe, quien, en cuatro cuentos, habría creado todos sus aspectos fundamentales: "el detective particular, de extraña personalidad y formidable capacidad deductiva, encarnado en Dupin, el hombre que vivía de noche y describía los enigmas más extraños; el amigo, no muy inteligente, que destaca las brillantes dotes del protagonista con sus preguntas ingenuas; la deducción larga y complicada, pero perfecta, que abre el camino hacia la solución del crimen; el final sorpresivo, el culpable, que es la persona menos indicada, y la superioridad del protagonista sobre los investigadores policiales."

Para Navas, "la literatura policial se ha convertido en uno de los símbolos de nuestra época. Personajes como Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill, Albert Einstein y otros de igual categoría buscan en ella el descanso de sus agobiadoras tareas cotidianas. Los escritores más famosos han abarcado el género... Y es muy difícil encontrar un velador sin una novela policial." A pesar de todo —se queja el antologista— hay "quienes se sienten colocados por encima del género y sacan patente de intelectuales al despreciarlo. Hemos experimentado muchas veces la misma indignación ante esa actitud irracional, que condena a priori, sin detenerse a analizar, y hemos deseado disponer de autoridad y tiempo para obligar a esos críticos a leer una docena de obras maestras de la literatura policial, que pueden competir en un mismo plano de calidad con las mejores obras de cualquier género. Al preparar esta Antología nos dejamos llevar por aquel sentimiento, y aquí están, aproximadamente, los cuentos que habríamos hecho leer a aquellos detractores de la literatura que creo Poe hace algo más de cien años".

Yo no me cuento, por cierto, entre esos detractores. Tampoco entre los admiradores o fanáticos del género. Me parece que no tengo prejuicios a favor ni en contra. De hecho, comencé poco del ramo, luego lecturas dispersas, más bien leídas. Confieso que he leído casi todos los cuentos de esta Antología —dice, en total— con verdadera fruición, con avidez,

con gusto. Y sin embargo, al final de la lectura, deteniéndome a pensar en el problema planteado por Navas, encuentro en la reflexión una cantidad de matices que complican el asunto, que dificultan el sí o el no retornado a propósito de la aceptación literaria del género. Es cierto que G. K. Chesterton, Agatha Christie, Carter Dickson, Elery Queen, Anthony Berkeley, Roland Knox, Thomas Burke, Leslie Charteris, Jacques Futrelle, Cornell Woolrich, René Vergara y Kingsley Tufts se hacen leer —casi todos ellos— con sumo entretenimiento. Pero no es cierto que sean todos ellos unos artistas del cuento.

Y es que la perfección policial no coincide necesariamente con la perfección literaria. Un relato policíaco perfecto es aquel que cumple con ciertas condiciones objetivas de tipo deductivo-analítico, condiciones análogas a las de un puzzle o una partida de ajedrez, y que tiendan al carácter de las ciencias exactas. Si, además de esta imprevisible pero triunfante racionalidad de la intriga, el relato posee caracteres vivos, diálogos ingeniosos, hondura psicológica, observaciones penetrantes, un lenguaje limpiado, etc., tanto más posará el lector, pero esas notas ya no son estrictamente esenciales desde el punto de vista de la perfección policial. Lo son, en cambio, desde el punto de vista de la perfección literaria. Una buena intriga policial es, literariamente hablando, un buen esqueleto narrativo, pero lo que cuenta como obra de arte es el cuerpo entero del relato, carne y hueso, vida.

Me explico con ejemplos. El cuento de Chesterton, "El jardín secreto", deon —supongo yo— sobrada perfección policial: la deducción del Padre Brown es tan asombrosa como racional, el desenlace es una sorpresa mayúscula, el culpable es quien menos hubiera supuesto uno, etc. Por todas estas razones, el cuento es sumamente ameno.

Además, la crítica literaria no puede negarle el carácter de una hermosa pieza de arte narrativo, como casi todas las de Chesterton. ¿Por qué? Por la pureza deductiva de la intriga, sin duda, pero también y muy esencialmente porque los personajes son humanísimos y están sumamente bien descritos, porque el ritmo narrativo está muy bien llevado, porque impecables las observaciones sabrosas, y sobre todo porque esos atributos se realizan en y por el lenguaje.

Tenemos ahora el caso de "Las manos del señor Ostermole", de Thomas Burke, que ha sido llamado "el mejor cuento

policial jamás escrito". Así lo decretó en Nueva York un tribunal compuesto por los máximos especialistas del género. Sus razones tendrán, pienso yo, para calificarlo así. En cambio, desde el punto de vista literario, yo me permito afirmar que "Las manos del señor Ostermole" es un cuento del montón, uno entre mil, sin gracias ni meritos especiales, simplemente porque sus perfecciones policíacas, si bien se tramitan por el medio indispensable del lenguaje humano, no están esencialmente ligadas a él, no se desarrollan dentro del lenguaje, no tienen una particular fuerza expresiva, y en suma carecen de los atributos y excelencias que hacen buena —como obra de arte— a una narración.

Voy a exagerar voluntariamente los términos, para hacerlos entender mejor. El relato de una extraordinaria partida de ajedrez, o de un problema de ingenio, o de una espléndida deducción científica, puede ser el mismo extraordinario y espléndido como relato; pero, dadas las relaciones completamente externas que el ajedrez, el ingenio o la ciencia guardan con el lenguaje, nadie querrá atribuirle perfección literaria, a menos que la tenga por otros conceptos. Algo parecido sucede con el problema policial, sólo que en menor grado, por la mayor vinculación de este problema con el lenguaje que lo desarrolla. Pero, mientras la perfección del problema policial no se identifique con la perfección expresiva del lenguaje, no tenemos todavía un cuento literariamente válido.

En suma: es absurdo, por parte de la crítica literaria, oponerse al género policial, despreciarlo, o mirar en menos sus posibilidades artísticas: las tiene como cualquier otro género. Pero no las tiene automáticamente, ni se le pueden suponer por el solo hecho de que sea políticamente satisfactorio. Y si bien algunos ejemplares del género han alcanzado auténtico rango de arte —y podemos incluir en ese elenco por lo menos a la mitad de los relatos de esta Antología—, tampoco se ve por qué hubiera de otorgarse al género algún privilegio artístico o alguna obligatoria equivalencia en términos estéticos. Ni siquiera la amenidad o el suspense son necesariamente títulos literarios. Tampoco son atributos sospechosos o espurios. Simplemente, al margen de toda clasificación, cada cuento que aspire a dar exámenes válidos como literatura debe mostrar en sí mismo —en el medio expresivo del lenguaje— su valor. Y en esta Antología hay, creo yo, seis o siete relatos que pasan el examen. Ya es bastante.

El relato policial como género [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El relato policial como género [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile